

# CRISTOBAL COLON Y SU POETA

---

El viejo Almirante ha encontrado, sin duda, su jular. La gesta inconmensurable, desplegada a través de un Océano y dos continentes, se vuelca en una poesía tan rica de fuerza, fe, colorido y estremecimientos como la gesta misma.

“El libro de Cristóbal Colón” (1) es, sin duda —dentro de la obra de Claudel— la apertura a nuevas e interesantes posibilidades; como él mismo manifestara (2): “se trataba de un drama histórico y yo nunca he escrito otra cosa que obras de pura imaginación”. Con todo, la historia no iba a resultar, a la postre, más que una excusa para que esa imaginación portentosa desbordara los lími-

tes de lo historiográfico para entretrejer, con lo sobrenatural, lo mitológico, lo real y lo soñado, la más fabulosa de las epopeyas. Por otra parte, y esto no es tampoco, lo menos importante, se ponía de manifiesto con esta obra una nueva tendencia dramática que combina la palabra hablada con la música, el canto y el cinematógrafo.

“El libro de Cristóbal Colón” es innegablemente la apotheosis católica del descubridor; lo sobrenatural juega, a cada paso, resortes primordiales; y Claudel —en una muestra más de su afición por los simbolismos y las alusiones semánticas o sonoras de los nombres propios— recoge la forma francesa del nombre del navegante, Christophe Colomb, y nos recuerda que significa Portador de Cristo y paloma. Esta no es, sino el símbolo del Espíritu de Dios que se movía sobre las aguas cuando la tierra estaba informe y vacía (<sup>3</sup>); Cristo, con Quien se identifica su portador, es Aquel, por quien todas las cosas fueron hechas (<sup>4</sup>). En resumen, ambas alusiones apuntan a aquel momento desgarrante en que la tierra emergió de los océanos, en que las cordilleras dibujaron sus arcos inquietantes, en que las rocas surgieron de entre la neblina fría de aquella primera mañana del mundo, mañana en que se consumó la Creación.

Porque, en efecto, Cristóbal Colón es el nuevo creador; él también hace emerger de los mares un continente nuevo; él también forja —ante los ojos atónitos de un mundo que aún no lo comprende del todo— los ríos y los valles y los montes de una tierra desconocida. Para un mundo que se sentía aprisionado en sus límites estrechos crea Colón el mundo nuevo e intacto. Para el mundo viejo y para la gloria de Dios, porque la tierra era “la

obra de Dios que hay que concluir" (5), porque es la voluntad de Dios la que empuja al Almirante en la Empresa llamándolo hacia el Oeste.

Y no sólo creador es el Almirante, es también redentor. Cuando el Señor murió en el Gólgota, la cruz del sacrificio se erguía sobre un mundo incompleto; el descubridor pone bajo la cruz el globo entero y la sangre de Cristo alcanza por fin a todo el orbe. Colón entrega al Cuerpo Místico millares de almas nuevas en una nueva redención. Como Jesús, Cristóbal sufrió la humillación y el escarnio; como Él, arrebató de sus tronos a los dioses falsos, calmó la tempestad con sus palabras y —amarrado al madero— fué ofrecido por la salvación de sus hermanos. El hombre sigue los pasos del hombre Dios y es por eso su símbolo y su figura.

Toda esta profunda significación de la gesta colombina, como también, la unión casi mística de Colón e Isabel que resplandece en la obra, traspasa las líneas de la historia; es aquella portentosa imaginación claudeliana la que logra esta nueva figura de Cristóbal casi apóstol y casi mártir. Buceando a través de las cronologías, Claudel rescata la dimensión católica de la epopeya.

Como obra dramática —ya fué dicho— "El libro de Cristóbal Colón" es también el intento de unir la palabra, la música y el cinematógrafo. Con ello, el autor busca, al mismo tiempo que otorgar la atmósfera peculiar que la música logra, conceder la ventaja de un telón de fondo cambiante, plástico, sugerente, que se asemeje más a la sucesión —un poco vaga e imprecisa— de las ideas en la mente del propio espectador, que a la escenografía usual que, por rígida es antipoética. El espectador parece, así, participar él mismo en el espectáculo; y esa sensación se refuerza por la aparición de ese coro tan

peculiar que con su desorganización aparente sus ex-abruptos humorísticos y su rumor de multitud nos coloca de golpe a nosotros mismos en la escena (6).

De este modo, Claudel, con sus versos rotundos y sonoros, con la repetición de las frases como redobles, con ironía, con verdad y con grandeza se erige, sin duda, en el poeta de Cristóbal Colón. Es que acaso sólo el espíritu católico podía cantar la figura de aquel hombre que, en el drama claudeliano, se yergue para decir con palabras de timbre casi mesiánico: "Prometí arrancar el mundo a las tinieblas; no prometí arrancarlo al sufrimiento".

JULIA ALESSI.

---

(1) Paul Claudel, "El libro de Cristóbal Colón", trad. de Julio Payró. Ed. Lozada, col. "La pajarita de papel". Bs. Aires, 1941.

(2) En "El drama y la música", conferencia pronunciada por Claudel en la Universidad de Yale en 1930, incluida en el volumen citado en nota anterior.

(3) Génesis, I-1.

(4) Evangelio según S. Juan, I-3.

(5) "El libro de Cristóbal Colón", parte I, II.

(6) Respecto de estos puntos véanse las reflexiones del propio Claudel en la conferencia ya citada en nota anterior.